

reflejo de la felicidad humana en sus divinos rostros. Si en esa hora suprema, los esposos, deslumbrados por el deleite, y que se creen solos, escuchasen, oirían en su cuarto un ruido confuso de alas. La perfecta dicha supone la solidaridad de los ángeles. La obscura alcoba tiene por techo todo el cielo. Cuando dos bocas, santificadas por el amor, se aproximan para crear, es imposible que no responda al inefable ósculo un dulce estremecimiento en el inmenso misterio de las estrellas.

Estas felicidades son las únicas verdaderas. No hay alegría fuera de estas alegrías. El amor es el solo éxtasis. Todo lo demás llora.

Amar ó haber amado: basta. No pidáis más. No hay otra perla que buscar en los piélagos tenebrosos de la vida. Amar es una consumación.

III

LA INSEPARABLE

¿Qué se había hecho de Juan Valjean?

Inmediatamente después de haberse sonreído, cediendo á la graciosa intimación de Cosette, Juan Valjean aprovechó un instante en que nadie le miraba, salió del salón y entró en la antecámara. Era la misma antecámara donde, ocho meses antes, había entrado cubierto de cieno, de sangre y de polvo, trayendo al nieto á casa de su abuelo. La antigua ensambladura estaba adornada con hojas y flores, y los músicos ocupaban el sofá en que se había depositado á Mario. Vasco, vestido de negro, con el calzón corto y las medias y los guantes blancos, colocaba guirnaldas de rosas al rededor de las fuentes que iban á servirse.

Juan Valjean le mostró su brazo en cabestrillo, y se marchó, encargándole explicase el motivo de su ausencia.

Las ventanas del comedor daban á la calle. Juan Valjean permaneció algunos minutos de pie inmóvil en la obscuridad, delante de aquellas ventanas iluminadas. Estaba escuchando. El confuso ruido del banquete llegaba hasta él. Oía la voz alta y magistral del abuelo, los violines, el sonido de los platos y los va-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO H. 193
Apdo. 1625 MONTERREY, NLXICO

sos, las carcajadas, y en medio de todo aquel alegre rumor, distinguía la dulce voz de Cosette.

Dejó la calle de las Monjas del Calvario y se dirigió á la del Hombre-Armado, tomando por las de San Luis, Santa Catalina y Mantos Blancos.

Aunque más largo el camino, era el mismo por donde, hacía tres meses, para evitar los escombros y el lodo de la calle Vieja del Temple, acostumbraba ir todos los días con Cosette, desde la calle del Hombre-Armado hasta la de las Monjas del Calvario.

Esta última circunstancia le eximía de escoger ningún otro itinerario.

Juan Valjean entró en su casa. Encendió la vela y subió. La habitación estaba vacía; hasta faltaba la tía Santos. Las pisadas de Juan Valjean hacían en los cuartos más ruido que de ordinario. Todos los armarios estaban abiertos.

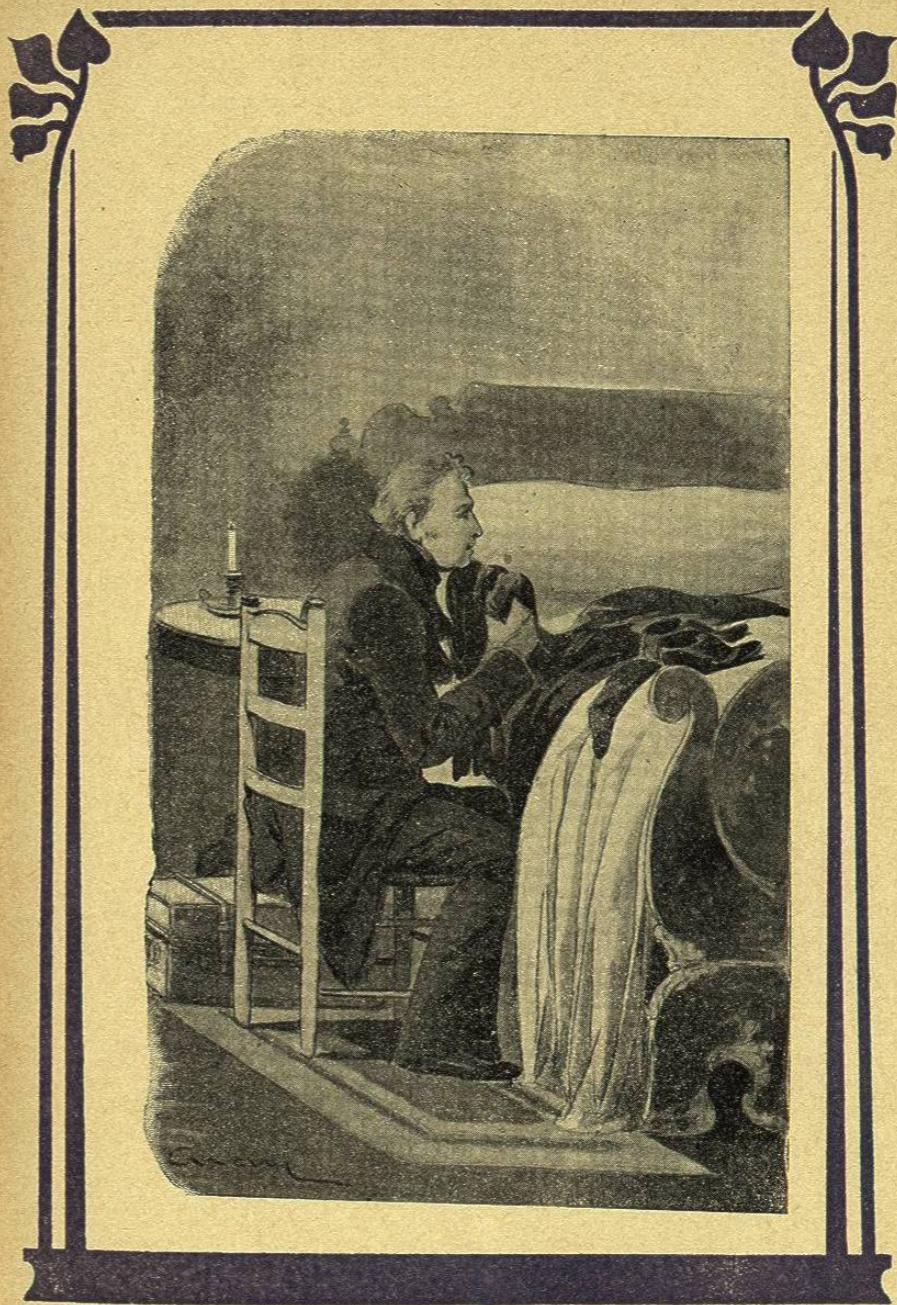
Penetró en el cuarto de Cosette. La cama, sin hacer, ofrecía á sus ojos el espectáculo de colchones arrollados y almohadas sin funda, dando á entender que nadie debía volver á acostarse en aquel lecho. Los pequeños objetos femeninos que apreciaba Cosette habían sido llevados, quedando sólo los muebles grandes y las cuatro paredes. La cama de la tía Santos presentaba el mismo aspecto de desamparo; una sola cama estaba hecha y parecía esperar á alguien: la de Juan Valjean.

Juan Valjean miró las paredes, cerró las puertas de algunos armarios y visitó los cuartos uno tras otro.

Encontróse luego en el suyo y puso la vela sobre una mesa.

Había sacado el brazo del pañuelo y se servía de la mano derecha como si nada padeciese.

Acercóse á la cama, y sus ojos, no sabemos si por casualidad ó de intento, se fijaron en la *inseparable*,



Juan Valjean y su inseparable.

que había dado celos á Cosette, en la maleta, de que no se separaba jamás. El 5 de junio, al llegar á la calle del Hombre-Armado, la había colocado en un velador, junto á su cabecera.

Dirigióse al velador con cierta precipitación, tomó una llave del bolsillo y abrió la maleta.

Fué sacando de ella poco á poco los vestidos con que diez años antes había partido Cosette de Montfermeil; primero el traje negro, después el pañuelo también negro, en seguida los zapatos de niña, tan grandes, que casi podrían servir aun á Cosette, por lo diminuto de su pie, el justillo de bombasí, las enaguas de punto de media, el delantal y las medias de lana. Estas últimas, donde se veía aun señalada la forma de una pierna infantil, excedían apenas el tamaño de la mano de Juan Valjean. Él era quien había llevado á Montfermeil estos vestidos de luto para Cosette.

A medida que los sacaba de la maleta, iba poniéndolos en la cama.

Sus pensamientos eran otros tantos recuerdos.

En invierno, en diciembre, con más frío que de costumbre, estaba tiritando la niña medio desnuda, apenas envuelta en harapos, con los piés amoratados y metidos en unos malos zuecos, y él la había hecho dejar aquellos andrajos para vestirse de luto. La madre debió alegrarse en la tumba al ver á su hija de luto por ella, y, sobre todo, al verla vestida y abrigada.

Pensaba en la selva de Montfermeil, que había atravesado en compañía de Cosette. Pensaba en lo crudo del tiempo, en los árboles sin hojas, en el bosque sin pájaros, en el cielo sin sol; pues así y todo, había sido un embeleso.

Colocó en orden las prendas de vestir sobre la cama, el pañuelo junto á la saya, las medias cerca de

los zapatos, el justillo al lado del traje y las contempló una tras otra diciendo para sí:—Este era su tamaño; tenía la muñeca en los brazos, había guardado el luis de oro en el bolsillo de este delantal, se reía, íbamos los dos asidos de la mano, sólo contaba conmigo en el mundo.

Al llegar aquí, su blanca y venerable cabeza cayó sobre el lecho: aquel viejo corazón estoico pareció romperse; su rostro se hundió, por decirlo así, en los vestidos de Cosette, y si alguien hubiera entonces andado en la escalera, habría oído terribles sollozos.

IV

IMMORTALE JECUR

La antigua y formidable lucha, de la que hemos visto ya varias fases, empezó de nuevo.

Jacob no luchó con el ángel más que una noche. ¡Ay! ¡Cuántas veces hemos visto á Juan Valjean luchando en medio de las tinieblas á brazo partido con su conciencia!

¡Combate inaudito! En ciertos instantes el pie se desliza, en otros el suelo se hunde. ¡Cuántas veces la conciencia, precipitándole hacia el bien, le había comprimido y abrumado! ¡Cuántas veces la verdad inexorable le había hincado la rodilla en el pecho! ¡Cuántas veces, derribado á impulso de la luz, había implorado de ella el perdón! ¡Cuántas veces aquella luz implacable, encendida en él y sobre él por el obispo, le había deslumbrado, mientras deseaba ser ciego! ¡Cuántas veces, en lo más crudo de la lucha, se había vuelto á levantar, asiéndose de la roca, apoyándose en el sofisma, arrastrándose por el polvo, ya señor, ya esclavo de esa conciencia! ¡Cuántas veces, después de un equívoco, después de un razonamiento traidor y especioso del egoísmo, había oído á la conciencia gritarle:—¡Zanquilla! ¡Miserable! ¡Cuántas veces su pensamiento refractario se había agitado